



Vol. 7, No. 3, Spring 2010, 483-492

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Ernesto Bohoslavsky, *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2009.

Conspiraciones, paranoias y temores en una historia comparativa.

Marco Antonio León León

Universidad de Concepción/Universidad del Bío Bío

Siempre es reconfortante poder dar una mirada al pasado de un aspecto que sin duda ha marcado, y aún marca, las actuales relaciones entre chilenos y argentinos: el de sus encuentros y desencuentros a lo largo de su vida republicana, que por lo demás no han sido pocos. Si retrocedemos un par de siglos, vemos que la historiografía decimonónica, en su opción teórica y metodológica por privilegiar una narración sustentada en fuentes escritas de carácter oficial y vinculadas al poder de turno, trazó una imagen grandilocuente de los estados nacionales en formación y consolidación, perspectiva en la cual las comparaciones,

aunque siempre odiosas, se hacían necesarias. De ahí la consideración, en no pocos escritos, sobre la cantidad de héroes patrios y batallas memorables o la preocupación por fijar las fronteras y negociar los límites sobre los mapas. En dicha línea de estudio, los derechos soberanos, del asentamiento efectivo de población y de la necesidad de establecer claridad en la continuidad de un territorio se volvieron temas de preocupación no sólo de políticos y militares, sino también de historiadores e intelectuales, que buscaban crear conciencia de que era preciso defender a la nación mediante la reconstrucción de una historia que, por supuesto, reafirmaba los títulos sobre tales o cuales zonas que podían y debían anexarse a la correspondiente república. Esa fue, matices más, matices menos, la labor de Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana, por parte de Chile.

El libro que comentamos, fruto del esfuerzo doctoral de Ernesto Bohoslavsky y que ya había adelantado en diferentes publicaciones, no sólo responde a las motivaciones que tendría un historiador a comienzos del siglo XXI para indagar sobre una temática que entrelaza la historia social y cultural, como es el de las conspiraciones, sus orígenes, efectos, representaciones y respuestas, sino además constituye una buena muestra de que las diferencias sustentadas y reafirmadas en coyunturas históricas precisas por el discurso oficial, responden en la mayoría de los casos al oportunismo de ciertas autoridades y a la explotación de temores ancestrales antes que a concretas desavenencias entre las colectividades ubicadas a uno y otro lado de la Cordillera de los Andes. Frente a tal escenario, el objetivo del autor es explícito: “iluminar algunas de las formas en que grupos de derecha y de extrema derecha en Argentina y Chile concibieron las relaciones entre nación, territorio y cultura desde finales del siglo XIX hasta mediados del siguiente. A tal efecto, se han estudiado los procesos de creación, difusión, adaptación e interpretación de algunos relatos conspirativos, atendiendo a su peso en la construcción de ideologías nacionalistas en ambos países” (18). Atendiendo a este objetivo y a la hipótesis que se busca desarrollar (20), el autor concibe dos niveles en el conspiracionismo estudiado en este libro: uno de carácter total (un relato paranoico que da cuenta de una conjura eterna, invencible, tenaz y que conmina a una audiencia de participar en su contra) y otro parcial

(denuncias concretas acerca de la existencia de un complot, con responsables a los que se busca desactivar). Como resultado, vemos con prontitud la naturaleza del verdadero protagonista de esta investigación: la Patagonia, merecedora hace poco de otra interesante indagación¹.

No son políticos, ni militares, ni trabajadores, ni fascistas, ni comunistas, ni judíos, ni masones (todos los cuales desfilan por las páginas de este libro) quienes finalmente concentran la atención del investigador y del lector, sino ese territorio maldito, disputado, concebido luego como polo de progreso y recientemente como fuente de energía. A una y otra banda de los Andes en el Cono Sur americano los imaginarios patagónicos condicionaron no sólo las acciones de chilenos y argentinos, sino también la manera en que dicho territorio fue incorporado a la comunidad imaginada—parafraseando a Benedict Anderson—de ambas naciones. Por supuesto, Bohoslavsky deja en claro que el tema ha merecido más estudios por parte de los historiadores argentinos, lo que se ve claramente reflejado en la bibliografía utilizada, aunque en Chile igualmente ha generado cierto debate. En todo caso, llama la atención la omisión a varios de los trabajos del historiador Mateo Martinic, de quien Bohoslavsky sólo registra una obra, y que es en rigor quien más ha estudiado la zona magallánica (la Patagonia chilena) en un monumental estudio². Si bien los trabajos de Martinic se alejan de la propuesta de Bohoslavsky, pues de hecho tiende a mostrar todavía una imagen más consensual y conservadora de la historia magallánica de lo que se ha investigado en los últimos años, no es menos cierto que utilizar más algunos de sus libros hubiese ayudado al autor de este libro sobre el complot patagónico a afinar algunas de sus percepciones. Aparte de ello, se rescata bastante bien, y de una manera ordenada y contundente en lo que se refiere a la bibliografía, el movimiento obrero, las ideologías, sus repercusiones y las represiones a las acciones huelguísticas, tanto en Chile como en Argentina, durante las convulsionadas primeras décadas del siglo XX.

¹ Gabriel Rafart, *Tiempo de violencia en la Patagonia. Bandidos, policías y jueces, 1890-1940* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008).

² Mateo Martinic Beros, *Historia de la Región Magallánica* (Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes, 1992), 2 vols. Esta obra fue reeditada el año 2006 en cuatro volúmenes por la misma editorial.

¿Por qué asociar el conspiracionismo a grupos de derecha y extrema derecha? El autor nos muestra que tal situación responde a un contexto internacional, no es algo gratuito ni azaroso, ya que descansa en los fantasmas que han cruzado el Atlántico y que dicen relación con el peligro comunista y la permanente amenaza judía sobre el mundo occidental, como lo ha definido la paranoia de la Europa de entre guerras, pero en especial de los movimientos fascistas como el italiano y el nacionalsocialista. Los escenarios para los enfrentamientos ideológicos y de imaginarios no se presentan sólo en las calles europeas o de las grandes ciudades de América Latina, sino también en aquellos territorios aún no bien explorados, cuya indefinición, por estar en un permanente proceso de incorporación y asimilación a la institucionalidad estatal, los hace ser presa fácil de la acción de grupos radicalizados y desestabilizadores del orden. Es aquí donde cobra protagonismo la Patagonia, aunque el interés hacia ella y los temores sobre su posible ocupación, que son parte de la paranoia de los grupos nacionalistas argentinos y chilenos, muestran, a poco andar, claras diferencias. Mientras en Chile sigue despertando miedo, entre los sectores de la derecha nacionalista, el avance del movimiento obrero y de los partidos ideológicos (socialista y comunista) en zonas extremas y fronterizas como Magallanes y el norte salitrero, junto a un supuesto expansionismo y revanchismo peruano, la comunidad judía, en cambio, no concita el mismo grado de atención que en Argentina, que sí cuenta con una colonia significativa y de mayor incidencia. Considerando tal escenario es que son examinados los relatos conspirativos en acción, como indica el autor, atendiendo a sus procesos de gestación, difusión y reproducción, al igual que a su recepción y capacidad para orientar comportamientos (152).

Desde la óptica de quien escribe este comentario, es meritorio que el autor haya incursionado en una temática conspirativa aún no bien desarrollada por la propia historiografía chilena, siendo capaz de conectar el análisis con lo que paralelamente está ocurriendo al otro lado de la cordillera, en Argentina. Se trata de un intento significativo por escribir una historia comparativa alejada de los cánones del siglo XIX, como decíamos más arriba. No busca consolidar una “historia de bronces” o patriotería, como tampoco alimentar las enemistades y las cambiantes relaciones

establecidas desde hace siglos, sino más bien desentrañar la lógica de los temores que alimentaban (y alimentan todavía) actitudes políticas, represiones, miedos colectivos y paranoias administrativas y militares. Bajo tal propuesta se entiende su revisión de los hechos de violencia contra trabajadores chilenos en Puerto Natales (1919) y Punta Arenas (1920), o sobre los sucesos de la matanza en el territorio de Santa Cruz (1921), conocidos en la historiografía argentina de manera más sistemática gracias a los esfuerzos de José María Borrero y luego de Osvaldo Bayer.

El libro se estructura en siete capítulos que mantienen precisamente este carácter comparativo, al analizar las teorías y temores conspirativos de uno y otro lado de los Andes. El primer estudio busca definir los imaginarios contruidos y reconstruidos de la Patagonia a través de los testimonios de viajeros, militares, científicos y autoridades, los que a medida que avanzan los siglos transitan desde el miedo y la tragedia hasta las expectativas de explotación económica. La inserción de la historia y las representaciones de la Patagonia (Cap. I) obedecen al hecho de que éstas, según Bohoslavsky,

[le] brindaron credibilidad a las posteriores denuncias conspirativas del nacionalismo (referidas a intentos de sublevación comunista o de colonización judía e inglesa), así como a las sospechas socialistas sobre la presencia nazi en la región. Esas imágenes precedieron a las teorías conspirativas: los que denunciaban complots se encontraron y se formaron con ellas y, sobre ellas, construyeron su interpretación político-histórica de la realidad. (30)

Esta relación entre territorio y conspiraciones se convierte en un necesario telón de fondo que le permite al autor abordar las temáticas siguientes, enlazadas siempre a través de nuestra protagonista principal.

A partir de lo que el autor denomina eufemísticamente la “conspiración inca-masónica-bolchevique”, desarrollada en el Capítulo II, se hace una revisión del miedo que traspasaba a las elites nacionalistas de ambos países frente a la expansión de la ideología comunista y de lo que ella conllevaba: una supuesta erosión del consenso social de que gozaban las oligarquías. Junto a este temor coyuntural se encuentran otros que poco a poco se van reactivando. como la desconfianza hacia los masones y los judíos, grupos capaces, por sus filiaciones políticas y raciales, según la proyección que se da a las ideas conspirativas, de establecer perversas

alianzas. La posibilidad de encontrar un caldo social activo en tierras patagónicas, debido a los excesos de estancieros chilenos y argentinos, convirtió a dicho temor en una idea recurrente que volvería a estar presente en las mentes de dirigentes, militares y civiles hasta bastante avanzado el siglo XX. Este capítulo se concentra en la Patagonia chilena revisando diversos acontecimientos entre 1915 y 1920 que son parte de la historia del movimiento obrero magallánico, pero que no habían sido examinados desde un punto de vista cultural³. Así se repasan los pormenores de la “Comuna de Natales” (nombre más imaginario que real y que revela el grado proyectivo del “miedo rojo” sostenido por la derecha y algunos militares) y el asalto a la Federación Obrera de Magallanes, acontecimientos trágicos reforzados por una supuesta infiltración de espías peruanos al país para causar más desorden. Este es el convulsionado ambiente en que toma lugar una elección presidencial que terminaría dando el sillón presidencial a una figura también vinculada a la oligarquía, pero con ideas un poco más progresistas: Arturo Alessandri Palma.

El “malón comunista” en Argentina (Cap. III) centrado en los sucesos de Santa Cruz, es revisado al igual que su historiografía (Cap. IV). En ambos apartados Bohoslavsky pasa revista a los acontecimientos e interpretaciones derivadas de lo ocurrido a fines de 1921 cuando dos regimientos del ejército argentino fueron enviados al mencionado territorio de Santa Cruz para reprimir una huelga de trabajadores rurales. Nuevamente la imaginación conspirativa proyectó temores nuevos y antiguos, pues el hecho fue visto por políticos y cierta prensa de la época como un intento de anarquistas y bandoleros para establecer un soviet que luego marcharía sobre Buenos Aires. La intervención militar tuvo nefastos resultados: una serie de fusilamientos irregulares y apremios ilegales con un saldo de al menos cuatrocientos muertos (89), un episodio conocido como la “Patagonia Trágica”. Por supuesto, la presencia de conspiradores del otro lado de los Andes no podía estar ausente, ya que se sostuvo que los citados bandoleros eran chilenos que actuaban desde hacía tiempo en la

³ El trabajo de Pedro Cid Santos, *Historia del movimiento obrero en Última Esperanza (1911-1973). Sindicalistas, anarquistas y socialistas* (Punta Arenas: Impresos Atelí y Cía. Ltda., 2004, sigue insistiendo en una línea de interpretación política e ideológica con un tono apologético del movimiento y sus líderes.

zona y que habían tenido participación en la “Comuna de Natales”. Junto con la reconstrucción factual, se revisan las interpretaciones conservadoras sobre el hecho, el papel de la Liga Patriótica Argentina y las diferentes miradas conspirativas entregadas por la prensa y otros actores del período. Al momento de examinar las visiones contemporáneas y más recientes sobre estos sucesos, se comprueban los silencios de la historia oficial, la dificultad de documentar los sucesos y la puesta en escena, en particular durante las décadas de 1960 y 1970, de versiones estereotipadas que insistían en la participación de chilenos, condimentando así la imagen del “enemigo trasandino”. Ello habría ayudado a respaldar la idea de que Chile era un voraz vecino expansionista pendiente de los territorios australes.

El “complot anarco-yrigoyenista y anti-yrigoyenista chileno”, concentra la atención del Capítulo V. Allí también toman lugar los fantasmas de la conspiración y del temor al otro. La situación es clara: a pocos días del golpe de estado llevado a cabo en Argentina, en septiembre de 1930, contra el gobierno de Hipólito Yrigoyen, un oficial del ejército mantuvo asolada la ciudad de Neuquén con la convicción de que enfrentaba una invasión compuesta por adherentes al depuesto presidente Yrigoyen y tropas del ejército chileno. Producto de ello el teniente Paterson Toledo encarceló a cerca del diez por ciento de la población. El tema en cuestión permite al autor aplicar algunos enfoques desarrollados por la historiografía francesa sobre la circulación de rumores y miedos, describiéndose así el golpe que sacó al radicalismo del poder, la resistencia de esta fuerza política y sus partidarios y el posterior desenvolvimiento de rumores. En concreto, se trata de revisar cómo las ideas de los militares y de sus cercanos incidieron en la movilización que tomó lugar en la zona, teniendo éstas incluso la capacidad para explicar la realidad e intervenir en ella.

El ataque al “comunismo judeo-masónico” (Cap. VI) vuelve a analizar la temática conspirativa en Chile durante el período 1932-1945, revisando las ideas centrales del fascismo criollo (antiliberal, antimasónico, anticomunista) y su expresión política más clara en estos años: el Movimiento Nacional Socialista Chileno. Sus principales postulados y representantes, así como el papel del antisemitismo son analizados

previamente para luego ver el interés de los grupos de derecha hacia el territorio patagónico. Como señala Bohoslavsky, la preocupación por esta zona no tenía ni la importancia ni la centralidad que se visualizaba en Argentina: “las áreas australes no concitaban tanta atención como el norte, tradicionalmente concebido como área en conflicto con Perú y Bolivia” (203). A su entender historiadores vinculados al conservadurismo (Francisco Antonio Encina) y al corporativismo (Jaime Eyzaguirre), habrían revivido los postulados sostenidos desde fines del siglo XIX de que Chile tenía derecho a una buena parte del territorio argentino y a su costa. Ello habría llevado a una nueva discusión sobre la materia sin mayores ecos, debido a que las corrientes nacionalistas no tuvieron una recepción amplia entre los personeros y partidos tradicionales de la derecha chilena (Conservador y Liberal), faltando una motivación socialmente difundida, creíble y coherente que fuese compartida por sectores significativos.

Lo planteado en los capítulos precedentes lleva finalmente a examinar el pesimista balance que realizó el nacionalismo argentino entre la década de 1930 y los inicios de los años 40, cuando consideró que la “podredumbre demo-liberal” había entregado la Patagonia (Cap. VII). Esta etapa, marcada por el citado golpe de estado de 1930 y los inicios del peronismo, revela el incremento de agencias públicas, instituciones y grupos sociales en el territorio austral, lo que muestra una preocupación renovada e inusitada por este espacio. Tal panorama es el que indica el cambio de imaginario de la Patagonia desde ser concebida como una región de progreso futuro a una fuente de energía inmediata. En dicho escenario, “Argentinizar” la Patagonia era también una forma de “deschilenizarla”, tratando mediante el avance institucional y el resguardo militar de evitar que se reprodujeran los temores de antaño, cosa que no aconteció, pues el discurso nacionalista insistió en los peligros de entregar la zona a los intereses económicos extranjeros (ingleses) o a judíos que querían crear una unidad político-territorial, según rezaba una difundida fábula presente en el imaginario derechista argentino (233). Las impresiones nacionalistas hacia la Patagonia terminaron concentrándose en destacar el abandono del Estado federal hacia las poblaciones y la economía de sus territorios nacionales, al igual que enfatizaron el hecho de que la propiedad, vigilancia

y explotación de los recursos estratégicos (carbón, hulla y petróleo) debían quedar en manos estatales. Una presencia más acentuada de las Fuerzas Armadas, por último, podía afianzar allí la nacionalidad y permitir un estado de alerta ante cualquier acción chilena, judía o inglesa, según fuese el caso.

Los mencionados capítulos pueden leerse con facilidad, aunque en algunos de ellos la descripción de los hechos muchas veces supere y eclipse un tanto la comprensión de los mismos. Esto se hace más evidente en los capítulos II, III y V. En todo caso, destaca la investigación sobre los chilenos en el territorio de Neuquén y sobre el fascismo y el antisemitismo en Chile, temáticas que si bien cuentan con trabajos previos⁴ no han recibido, por parte de los historiadores chilenos, mayor elaboración, salvo el reciente estudio de Luis Corvalán Márquez⁵. Ese es uno de los méritos de Bohoslavsky que potencia una bilateralidad historiográfica. Por otra parte, los símiles y diferencias que se desprenden de este libro en relación a la actitud de las autoridades y de civiles en torno a la relación con el “otro” cordillerano, ayudan a entender cómo las solidaridades y los desencuentros responden igualmente a una construcción histórica. El temor de una guerra se fundaba en ello y es un elemento interesante de explorar al momento de revisar conflictos y actitudes colectivas en coyunturas claves como las desavenencias respecto de las islas Picton, Lenox y Nueva (1978), y la guerra de las Malvinas (1982), donde la dictadura chilena de Augusto Pinochet, aprovechando la coyuntura y buscando respaldar la acción de Margaret Thatcher, prestó apoyo a las fuerzas británicas para así neutralizar un supuesto expansionismo bélico de Argentina hacia Chile. Como se ve, detrás de estos acontecimientos se encontraba esta historia de encuentros y desencuentros que hoy la actividad cultural, más que la bélica,

⁴ Es el caso de los trabajos de Carlos Maldonado Prieto sobre los nazis y el movimiento nazi en Chile, la Milicia Republicana y los grupos paramilitares de derecha chilenos, no registrados por Bohoslavsky y que pueden ser descargados desde Internet.

⁵ Luis Corvalán Márquez, *Nacionalismo y autoritarismo durante el siglo XX en Chile. Los orígenes, 1903-1931* (Santiago: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2009). Pueden revisarse además otros trabajos de este mismo autor, directamente relacionados con las temáticas aquí examinadas, publicados en la revista *Mapocho*, n^os 45, 53 y 55. También es interesante de registrar el ensayo de Celina Tuozzo, *El Estado policial en Chile. 1924-1931* (Buenos Aires: Ediciones La Crujía, 2004).

por suerte trata de restablecer bajo nuevas bases de colaboración (Seminarios, charlas y diálogos académicos entre historiadores, publicación de una *Revista de Estudios Trasandinos*, etc.).

Frente a este panorama paranoico de conspiraciones y temores por parte de los grupos derechistas, surge la duda de si llegó a presentarse una situación similar desde la izquierda. Como habrá podido comprobarse, las diferencias entre chilenos y argentinos superaban las posturas ideológicas, por lo cual es probable que surgieran igualmente aprehensiones y miedos proyectados hacia los grupos visualizados como ofensores y enemigos. La investigación de Bohoslavsky no explora esa posibilidad, la cual debería recibir en algún momento una debida atención para continuar o descartar esta idea si es que en verdad ella conduce a una temática nueva.

Interesante es además la relación que se establece entre nación y territorio, más aún cuando estos componentes del estado han sido muchas veces examinados de manera separada y con diferentes resultados. Al respecto, es apreciable que dentro del discurso de las derechas se establezca casi una sinonimia entre ambos términos, en el entendido de que una colectividad requiere de un espacio vital para desarrollarse, idea por lo demás puesta en boga en Alemania desde fines del siglo XIX y revivida por los nazis, lo que hace muy comprensible que en dicho escenario histórico circulara al otro lado del Atlántico y que tuviera sus repercusiones, nuevamente disímiles, en Chile y Argentina. La asimilación o incorporación del “otro” patagónico, o lisa y llanamente su exterminio, cobró sentido en esta coyuntura de persecuciones—reales y ficticias—de la disidencia y la inferioridad racial.